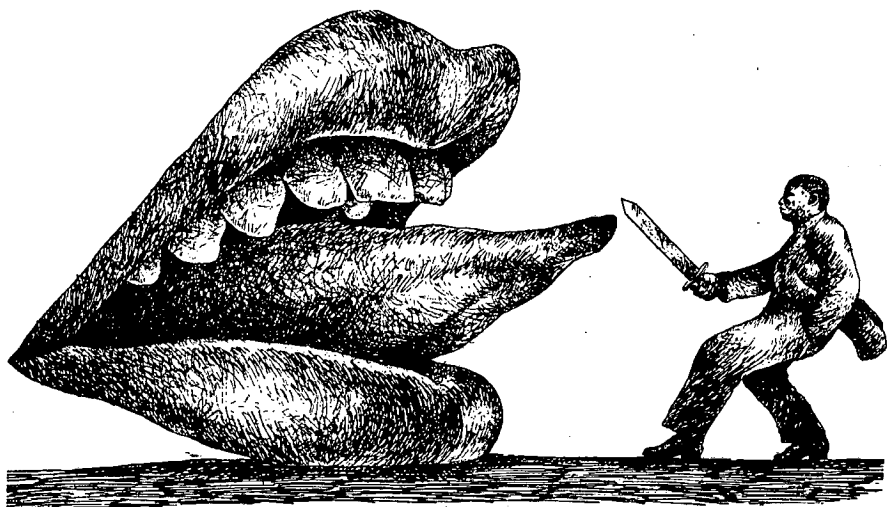

CONFESIONES DE UN EGRESADO DE LA DEMOCRACIA

AQUILES ESTE



El titular que impongo a este trabajo no hace del todo honor a la verdad. En realidad, quien se confiesa, todavía no egresa de la Escuela de Comunicación Social UCV. Actualmente realizo mi tesis de grado, de tal forma que por los vientos que soplan, por fin me voy a graduar. Confieso igualmente trabajar como fotógrafo en un diario de Caracas, donde aprendo algo nuevo cada día. Así, me permito hablarles a tenor de lo que inspira mi actual situación: graduando UCV, fotógrafo en ejercicio y, en consecuencia, mozalvete venezolano que analiza un nuevo marco de relaciones con su país, la Escuela que le dio el ser y el gremio periodístico. Para acometer esta empresa echaré mano, como conviene, del método dialéctico-paranoico-intuitivo, de probada eficacia en estas lides.

LA ESCUELA, EL BARRIO, LA ESQUINA

La primera declaración de mi confidencia girará en torno a la Escuela de Comunicación Social y a la Universidad, instancias sobre las cuales abrigo peregrinas sospechas.

La Universidad se me presenta como un doble fiasco. Fiasco es la concepción desarrollista

del universo sobre la cual está echado el país. Modelo que fracasó, promesa de ingresar al "concierto de las grandes naciones". Y fiasco es el hecho de que, inserta dentro de ese orden de ideas, la Universidad no haya podido ni siquiera producir los profesionales que se necesitaron para consolidar el proyecto de lo que una vez llamaron "Gran Venezuela". Esta es, como alguien dijo por allí, la Universidad del coloniaje, institución incapaz de elaborar teoría sobre la propia realidad, comunidad reproductora de conocimiento y de pensa.

La historia de la Escuela de Comunicación es también la historia de esta fatalidad. La Escuela nace en 1947, coincidente con un cierto auge de los medios en el país. Comprometida con los valores de la democracia liberaloide medinista, de la cual fue y será siempre ideólogo Arturo Uslar Pietri. Eran los tiempos de la Escuela de Periodismo, que necesitó de los servicios de un profesor de la Universidad de Columbia para que "tirara la línea" sobre la moderna concepción del periodismo informativo.

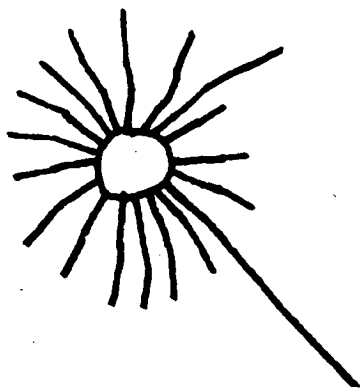
Llega la renovación, y la discusión anti-academicista se arriesga a asegurar que el periodista debe ser un profesional comprometido con el cambio social. Tiempo de periódicos murales y exóticos graffitis inspirados en experiencias ultramarinas.

La Escuela que a mí me tocó vivir (yo entré en el 81) es nieta de los presupuestos del Quinto Plan de la Nación y de la Revuelta Educativa de Luis Manuel Peñalver. Epoca de Pérez, en la que se empieza a hablar de tecnología educativa, educación a distancia. El gobierno-Estado compra el canal 8 y el 5, se crea el Ministerio de Información y Turismo, y se ordena la redacción del Proyecto Ratelve. Hay real en el país y, en consecuencia, se requiere de cuadros tecnológicos que edifiquen la "Gran Venezuela". Bajo este patrón es menester transformar la escuela liberal, y por supuesto la Escuela de Comunicación Social se anota en este lote.

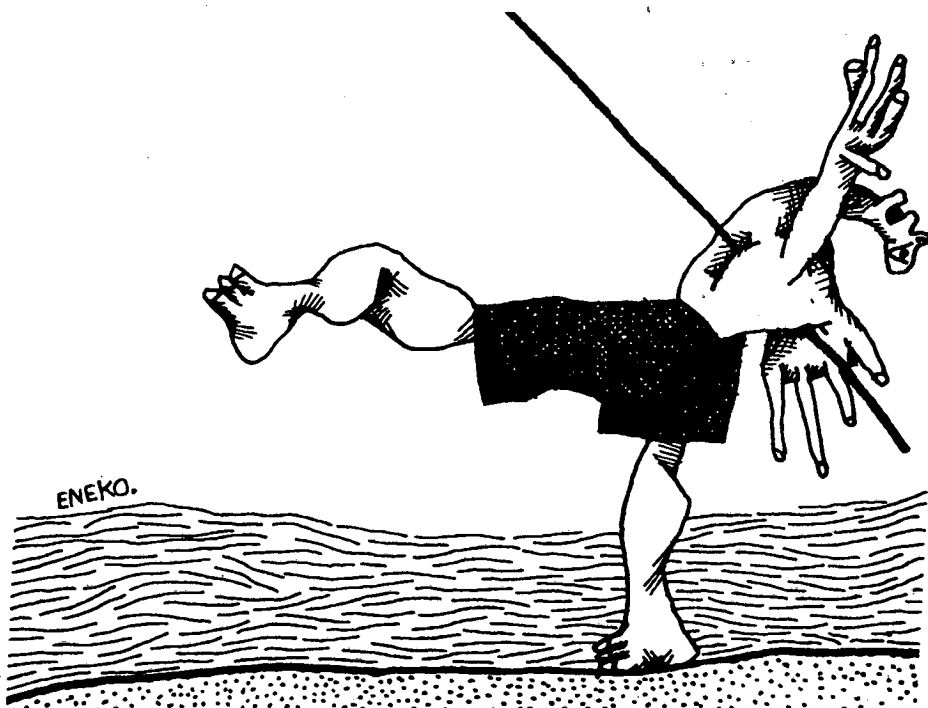
EL MACLUHOGREMIALISMO Y LA TRIBU GUTEMBERG

Deslumbrada por el desarrollo coyuntural de los medios —fundamentalmente audiovisuales— la institución se aboca a reformar el pensum. De allí saldría un programa rígido, dirigido a procurar la más pronta y epiléptica especialización del estudiante. Insurge la semestralización y se divide a la Escuela en menciones: audiovisual, periodismo impreso, publicidad y relaciones públicas. Se empieza a hablar también de Comunicología, un poco inspirados en las recomendaciones de la Conferencia de Costa Rica sobre políticas nacionales de comunicación y la necesidad de formar planificadores e investigadores en esta área. Precisamente en el marco de estas reformas el Macluhianismo entra por toda la puerta grande: búsqueda desesperada de eso que han llamado "Ciencias de la Comunicación" (expresión ésta que, a mi modesto entender, no va más allá de ser un invento tecnicista). Y en resumen, un espasmódico desenfreno por dotar al estudiante de Comunicación de un arsenal técnico que lo haga referente como estudioso de una pretendida nueva ciencia, con objeto de estudio, método y leyes propias. Visión positiva de la enseñanza, en este caso promovida por gente del campo supuestamente progresista, en el cual el conocimiento técnico es asumido como neutral.

Sin embargo, lo más grave de esta concepción macluhiana de la Escuela, es justamente pretender que aquello que nos compete estudiar es el medio, y no así el uso que de éste se hace, la estructura de poder en que está inserto, y fundamentalmente los mensajes que se publican. Al estudiante de Comunicación Social le corresponde entender el complejo funcionamiento del sistema comunicacional contemporáneo; debe ser ante todo un intelectual capaz de dibujar las coordenadas donde se establecerá un régimen de información democrático; y, para ello, se necesita de un instrumental de análisis que puede bien partir de lo sociológico, económico y polí-



tico lingüístico. No creo que, para reportero, tenga uno que estudiar en una Universidad pues las destrezas necesarias para desempeñarse con dignidad técnica como reportero se aprenden holgadamente en dos años.



Colateralmente, el macluhianismo que describimos se enlaza con el Gutemberianismo de izquierda que ha permanecido de espaldas a la expansión de los medios audiovisuales en el país y en el mundo, y por tanto, ignorante de la comprensión y significación de este fenómeno. Porque la Escuela de Comunicación, tal como está concebida, es y será siempre una Escuela Gutem-

beriana. Armand Mattelart, en el libro "La Televisión entre servicio público y negocio" (Edit. Gustavo Gili), habla precisamente de la incapacidad de la izquierda latinoamericana para entender y sacar provecho de los medios audiovisuales. Las palabras de este investigador traducen con fidelidad alarmante la situación que se vive en la Escuela. Jamás nos ha tocado como director alguien cercano o siquiera preocupado por los medios audiovisuales. Aún cuando la mención audiovisual —por razones que luego explicaremos— es la más numerosa (80% de los estudiantes) y posee menos del 15% del total de profesores de la Escuela. Esto, amén de las bochornosas instalaciones con que cuenta y las "caucagüísticas" condiciones de trabajo en materias como televisión, radio y cine.

La Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central es una escuela de periodismo impreso tecnicista. Y además, en el terreno estrictamente técnico es profundamente inexistente y ligera, pues quienes de allí salimos ni siquiera somos expertos en el lenguaje. Además, me consta que el estudiante medio de la carrera no encuentra placer en la escritura. Allí, salvo gloriosas excepciones, se enseña a escribir con ese estilo impersonal y empresarial, reproduciendo —Como dijera Roberto Hernández Montoya— la misma escritura sin líbido que se lee en los periódicos.

Para cerrar este aparte, denunciaré con paranoico deleite que pese al Gutemberianismo obstinado que gobierna la Escuela, ésta no cuenta —desde la muerte de PRUEBA hace dos años y medio— con un órgano periodístico regular. Esta barbaridad, tratándose de una Escuela de Comunicación Social, en la que de paso existe una mención de periodismo impreso, raya en el paroxismo. ¿Entenderán algún día que así como los médicos necesitan cadáveres y estetoscopios para aprender, uno necesita un periódico que se venda en la calle. Ni hablar de una emisora de radio o modesto estudio de televisión.

Incluso, cuando en una oportunidad se pretendió imprimir al moribundo LETRAS en la rotativa de la Universidad (la cual se creó para imprimir allí PRUEBA), se nos negó la posibilidad, argumentando que la ilustración de la contraportada era obscena.

No obstante, la Escuela de Comunicación Social de la UCV y en general cualquiera de las otras cuatro escuelas que existe en el país disfrutan de la posibilidad histórica de producir los mejores periódicos de Venezuela. No sólo porque se cuenta con facilidades de impresión, fotografa, etc., sino porque —y en esto reside lo más importante— allí estudian personas que tienen la oportunidad de acercarse a la realidad sin cortapisas empresariales, comerciales o partidistas. Permanecer de espaldas a esta potencialidad es irresponsable en lo académico y en lo político (si es que se puede hablar de irresponsabilidades en lo político).

LA ESCUELA DE LOS 80

Esta década señala el quiebre del modelo rentista-desarrollista que culminó en la deuda. A objeto del presente trabajo, y de acuerdo con las previsiones del método dialéctico-paranoico que nos alienta, citaremos algunas de las consecuencias que el fracaso de este modelo supone en relación con la Comunicación Social.

En los ochenta se extingue el proyecto de la pequeña y mediana industria. En el área comunicacional se acentúa la tendencia monopolista en formas de propiedad horizontales y verticales. Hoy en día, si a usted lo bota Granier del *Diario de Caracas*, se le cierra algo así como una décima parte del mercado de trabajo. Allí habrá que olvidarse del *Canal 2*, de *Caracas 750* y etc.

Además, los medios poseen hoy en Venezuela un poder de manipulación de la opinión pública que no tiene precedentes, me arriesgaría a decir en Latinoamérica. Al propio tiempo, el mer-

cado de trabajo está sobresaturado y los consorcios comunicacionales gozan de todas las ventajas legales para extender sus tentáculos, como veremos en el caso de la TV por cable y la Radio FM.

En tanto, el gobierno adeco entiende la necesidad de modernizar el Estado (privatizarlo y liberalizarlo) y, en lo que compete a la educación superior, se propone abandonar de una buena vez la tesis populista y abrazar el eficientismo. Esto, porque ahora no hay real y el sistema educativo improductivo y no rentable ya no se soporta.

Este imperativo atraviesa naturalmente a la Escuela. Como se ha dicho, está planteada una reforma educativa que contempla en lo específico una reforma a la Ley de Educación Superior. En tal sentido, el Rector Chirinos ya giró instrucciones con la designación de una Comisión de Reestructuración Académica, que tiene expresión en todas las facultades y por supuesto en las 42 escuelas de la Universidad.

La comisión de la Escuela de Comunicación Social se nombra en octubre de 1984, bajo la coordinación de la profesora Gloria Cuenca. Esta comisión debe presentar su informe final para mayo del 86. Pero veamos qué puede salir de allí.

De acuerdo con una copia del informe preliminar redactado por la Comisión de Revisión Curricular de la Escuela, y aunque todavía está abierta la discusión y es ánimo de la Comisión que las distintas posiciones se ventilen de la manera más democrática, presiento que se ha empezado por mal camino.

El informe no plantea en modo alguno una verdadera reformulación de la concepción del comunicador social que venimos discutiendo. Se esboza, "en un lenguaje ambiguo, las características de un profesional que media entre un tecnicismo aproximado y chucuto y una ligera formación intelectual. La Escuela se propone en consecuencia producir un profesional que cuente con una "amplia y eficaz fundamentación científica y humanística de su formación profesional, dado el carácter y la ubicación de la ciencia y la técnica de la comunicación social".

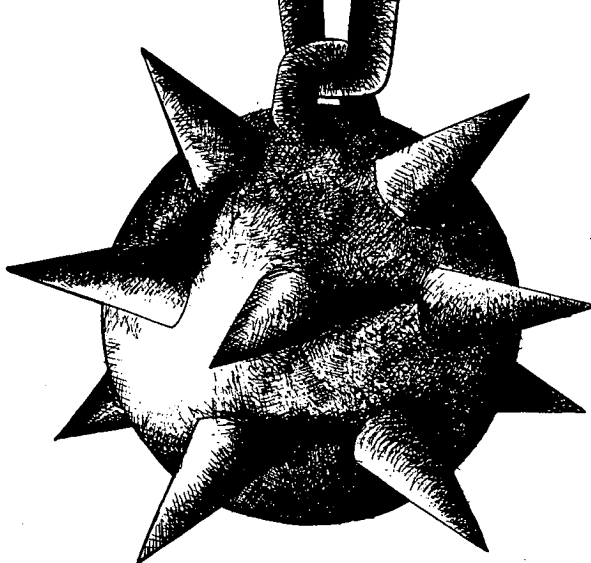
Por otro lado, se preserva el proyecto de Escuela productora de un profesional con mentalidad de empleado, que adquiere significado y presencia de Comunicador Social en tanto que funcionario de algún medio de difusión ¿Es que acaso no existen otras instancias? Además, ¿por qué tiene la Universidad que regalarle profesionales a las empresas? ¿Si usted agarra y se pone a hacer un periódico alternativo, no es entonces un comunicador social o padece en ese caso de una disfunción psicológica? Tales dudas me persiguen cuando sospecho que entre líneas se perfila dicha concepción de la profesión: "Son objetivos específicos de la Escuela —asegura el informe— la formación de un profesional . . . con las siguientes características:

a- Capacidad para desempeñarse como tal profesional, con un adecuado nivel de rendimiento en los diversos centros de trabajo correspondientes a su profesión.

Entonces pregunto. ¿Cuáles son esos centros de trabajo correspondientes a la profesión? Si por casualidad se trata de las empresas que todos conocemos, ¿dónde están esos puestos de trabajo? ¿Qué se considera un adecuado nivel de rendimiento? ¿Cómo es ese rendimiento cuando se habla de "los diversos centros de trabajo"?

Más adelante se llega al colmo de sostener que el comunicador social —en este caso el egresado de audiovisual— debe estar " . . . Provisto de un claro dominio del medio televisivo, cinematográfico y radial como para formular mensajes atractivos, adecuados y realísticamente aprovechables por la estructura comunicacional existente . . . (El subrayado es mío). De tal modo que, si hace un instante se abrigaba dudas sobre los criterios empresariales que se manejan, creo que con la cita que acabo de extraer no existe lugar a otra conjetura.

De resto está planteado realizar en la Escuela una cierta depuración de algunos mecanismos



administrativos: eliminación de varias cátedras, de preferencia pertenecientes a la mención audiovisual. Esto supone lógicamente "aplicar serrucho" a profesores y reducir el número de estudiantes con la aplicación de algún tipo de filtro. Menos profesores, menos estudiantes, ¿quien sabe si menos menciones? Es ahorro de dinero a la Universidad y por lo tanto al Estado.

LA BELLE EPOQUE DE COMUNICACION SOCIAL

Anualmente la CNU asigna a la Escuela un cupo de 150 estudiantes. Este año la CNU aumentó dicha matrícula a 180 y posteriormente la misma Escuela, por un proceso de selección interno, concedió un examen de admisión que aceptó otras 40 personas más. Ahora, para presentar el examen, la gente —además de pagar 50 bolívares— tenía que haber señalado a Comunicación Social como primera opción en su planilla de pre-inscripción. El examen frustró las esperanzas de 170 bachilleres venezolanos.

Esto demuestra que la demanda de la carrera es abusiva, a la vez que se observa una conformación diferente en la población estudiantil que ingresa, porque ahora quien se interesa por la "Comunicación Social" es estrictamente el bachiller de clase media, amén del sifrino snobista.



¿Qué explica esta situación? Allí opera una visión vedetista de la carrera. En la calle se maneja la idea de que el comunicador social es una especie de artista. Un personaje ligado a la modernidad, informado y actualizado. Además, quien ingresa ha sido testigo de excepción del crecimiento de los medios audiovisuales y sospecha que vincularse a estos lo arrancará del anonimato, porque el anonimato es una especie de muerte que nos confina a ser ignorados para toda la vida. Ahora, cuando salgo en una pantalla, de alguna manera llamo la atención sobre mi pertinencia, digo al mundo que existo y de paso que soy una persona de conducta intachable en la vida.

A todo esto se suma el agotamiento de la posibilidad de ascenso social por vía de las carreras tradicionales; y esa vieja concepción de que el —periodista ahora comunicADOR SOCIAL— es un intelectual medio. Por supuesto ya la gente sabe que se trata de una carrera fácil, pues fue imposible ocultarlo durante tiempo. De allí que la Escuela actúe en muchos casos como receptora de estudiantes fracasados en otras carreras, a riesgo de que su vocación no sea la “Comunicación” si no sencillamente obtener un título universitario.

Paralelamente, presiento que en lo académico se experimenta un retroceso. Existen sectores influyentes que traman de eliminar la mención audiovisual. Además, la Escuela no ha asumido con seriedad el problema del desempleo (uno de cada tres periodistas no tiene trabajo en Caracas) y, mientras tanto, se mira con recelo la discusión sobre comunicación alternativa y experiencias autogestionadas, que representan una salida al desempleo y un ejercicio de libertad de expresión.

Por otro lado, abochorna el regateo político que media en algunos concursos profesoraes y es indigno que a mentes capacitadas para la docencia y la investigación se les niegue el acceso a la Escuela por motivos de filiación partidista. Finalmente, llamo la atención sobre un punto especialmente delicado, sobre todo para quienes todavía no nos graduamos. Es curioso que muchos profesores de la Escuela aparezcan ganados por el siguiente esquema: vienen de una militancia partidista, son o han sido gremialistas (por lo menos tesorero), y de allí que su problema central no sea la discusión académica sobre los problemas de la comunicación, sino esa particular llave partido-gremialista.

No resulta casual que los mismos directores que ha venido teniendo la Escuela —coincidentes con el color político que manda en la Facultad de Humanidades— estén ligados a la acción partidista congresante. Esto en mi opinión los aleja de la Universidad y de la investigación. Lo cito con un síntoma al que debemos prestar atención, sin negar los méritos de algunos directores como gremialistas, periodistas o eventuales investigadores.

EL GREMIO Y OTRAS MISERIAS

El estudiante de Comunicación Social no toma conciencia del gremio, ni se preocupa por este problema hasta que se gradúa. En tanto que egresado, intuye con facilidad que su futuro media entre la venta de empanadas chilenas y la lejana posibilidad de alistarse en algún medio. Si la última de estas dos posibilidades tiene lugar, el egresado se inscribirá en el Colegio Nacional de Periodistas y en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa. Hasta este momento ningún contacto se había establecido entre el antiguo estudiante y el gremio periodístico.

La comprobación de esta dinámica señala la inexistencia de vínculos entre estas dos instancias. En el caso de la Escuela, por ser una institución ajena al estudio y comprensión de la realidad específica del país. Y en el caso del gremio, por constituir un aparato burocrático que sólo encuentra sentido, toda vez que representa a un profesional que no se siente proletario y para

quien, su paso por la Escuela, significa la culminación de un esfuerzo personal que, le proporcionará la posibilidad de obtener dinero. Y con esto no quiero decir que uno no tenga derecho a resolver su problema económico, sino que el gremio termina reflejando la mentalidad y la formación de quienes en la Escuela se formaron, porque la Universidad, en términos sociales, va poco más allá de actuar como la instancia a la que acude la gente a resolver su problema económico.

Es más, me atrevería a adelantar que la principal aspiración de buen número de estudiantes consiste en ingresar en algún medio, así sea bajo el deshonroso status de pasante. Porque, qué es en la práctica un pasante: un estudiante explotado, genuflecto redactor que percibe humilde estipendio (2.500 Bs.). Empleaducho todero, expuesto a los más audaces cambios de fuente informativa. Funcionario conciliador, "chupa-media" que sueña con pasar a nómina y que una vez allí, eleva plegarias porque el gremio no lo advierta. En consecuencia, su firma no verá la luz del día hasta la fecha en que entregue su tesis de grado y se le confiera la libertad. A no ser que, gracias a las incontables horas extras acumuladas, el medio lo premie con un rótulo personal.

Ahora, volviendo al problema del gremio, huelga precisar que para uno que va saliendo de la Escuela es una verdadera bendición encontrarse con un grupo de opinión disidente como es "Cuartilla". Una gente que, si bien no se plantea armar la revolución venezolana desde los periódicos, cuenta con un elemento ético, lo suficientemente firme como para diferenciarlos. Se proponen al menos sanear al gremio y abrir la discusión sobre la representatividad del mismo. Pienso que, en la medida en que grupos como éste logren establecer formas alternas de organización en la base laboral, estarán asegurando su vigencia como movimiento.

Mientras tanto, soy de los que piensa que el gremio hay que extenderlo hacia un gran sindicato de trabajadores de la comunicación social, que ampare a todos los que de una u otra forma trabajan ligados a esta actividad. Incluso aquellos medios que podemos llamar alternativos. Y esto último significaría una importante ruptura con esa tradición gremialista-universitaria, que presiente que lo alternativo le quita un predio de acción al graduado.

Al llegar aquí, me parece oportuna una pequeña digresión para esbozar lo que estamos entendiendo por alternativo; porque esa es otra mala maña que existe; mucha gente esgrime la carta de lo alternativo, sin explicar qué interpretan por alternativo.

En algún sentido y por paradójico que parezca, buena parte de la reflexión sobre este asunto padece de los vicios de un extraño macluhianismo. Pues es una discusión que centra su interés en el problema del medio, es decir, lo fundamental es que el medio sea alternativo. Incluso, de aquí derivan una serie de percepciones equivocadas con respecto a lo alternativo, vinculándolo forzosamente a lo subterráneo, a lo feo, al periodiquito mal diagramado. En consecuencia, se pasa por alto que lo fundamental es desbloquear un sistema de pensar dominante. Aunque el ejemplo puede resultar grosero, sería alternativo un mensaje desbloqueador transmitido por el canal 4, que conlleve la posibilidad de ejercer contrainformación. Sin que esto signifique que, en la hipótesis aceptada de que esto ocurra, el canal 4 (Venevisión) sea un medio alternativo.

Es decir, no basta con tener un periodicucho para que sea alternativo, puesto que puede tratarse sencillamente de un pasquín cuyos contenidos en el fondo, no representan alternativa alguna a eso que hemos llamado pensar dominante.

Por otra lado, pareciera que algunos voceros de la propuesta alternativa padecieran de ese mal de izquierda que supone sentirse eternamente minoría, aparte de la necesidad de explicarse y encontrar sentido, en la medida en que exista algo o alguien a quien oponerse. En ese sentido pensamos que la comunicación alternativa deja de serlo para pasar a ser comunicación necesaria. Porque los medios, cualquiera que fueren deben actuar como verdaderos agentes de cam-

bio social, órganos eternamente experimentales, consagrados a la sociedad civil, instancias de discusión sobre la vida, punto de partida para la organización social y la toma de conciencia. Este es el único tipo de información que debe existir. Comunicación necesaria, "alternativa" en todo caso. Se trata de alterar, en profundidad, todo un sistema valorativo.

Todo esto, sin olvidar que un medio de comunicación es una unidad dialéctica en el cual interactúan forma y contenido. La búsqueda debe dirigirse a intentar que el mensaje definitivo, producto de esa interacción, produzca un goce estético y eduque sobre la belleza, porque el disfrute de la belleza es un derecho que tiene todo ser humano.

Este gran sindicato, de él hablábamos antes de derivar hacia lo alternativo, estaría dividido en sectores que atendieran la especificidad de cada medio, pero con la suficiente unidad clasista si se quiere, como para evitar esos pleitos necios como el suscitado ahora entre periodistas y locutores.

Y por supuesto, siempre luchando por una jornada más corta de trabajo; así todos tendremos más tiempo de estar en casa, leer y conspirar.



COMUNICAÇÃO & SOCIEDADE

Revista semestral de estudos de comunicação, editada pela Comissão de Pós-Graduação em Comunicação Social do Instituto Metodista de Ensino Superior. Publica trabalhos científicos voltados para a problemática da comunicação social.

Pedidos:

Instituto Metodista de Ensino Superior
CAVE – Centro Audio-Visual Evangélico
Caixa Postal 5002
09720 – São Bernardo do Campo, – SP – Brasil

Imprensa Metodista
Av. Senador Vergueiro,
1301
09700 – São Bernardo do Campo – SP – Brasil